



ORACIÓN FÚNEBRE

DE DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN Y OTROS INGENIOS
PRONUNCIADA EN MÉJICO EL 3 DE AGOSTO
DE 1878.

*Et libri aperti sunt. et alius
Liber apertus est, qui est vitæ:
et judicati sunt mortui ex his
quæ scripta erant in libris.*

Abriéronse los libros, y abrióse también otro Libro, que es el de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas escritas en los libros.—ApoC., xx, 12.



RANDE y sublime ha sido el pensamiento que hoy nos congrega en derredor de este túmulo, abierto hace dos siglos y medio, y que ruego al Señor nunca se cierre. Si el orar en general por los difuntos, aunque ni el parentesco ni la gratitud nos liguén con ellos; aunque ni los hayamos conocido ni hayan servido á la misma causa que nosotros; aunque su patria no sea la nuestra ni hayan hablado nuestro idioma, es, según declara la Escritura (1), una idea santa y pia-

(1) II Mac., XII, 46.

dosa, *sancta et salubris est cogitatio*, ¿cuánto más laudable, cuánto más meritorio, cuánto más piadoso no será ofrecer el incruento sacrificio y honrar la memoria de aquellos que, nacidos en nuestro suelo, dieron gloria á la patria y combatieron en la misma literaria milicia á que hemos dado nuestro nombre? Si el antiguo pagano, cuyas creencias en la vida futura se hallaban envueltas en mil errores; si el materialista y el ateo han buscado siempre consuelo junto á las tumbas de sus allegados y compatriotas, nosotros que sabemos de cierto que nuestras preces alivian á las almas detenidas en el purgatorio; nosotros que no vemos en la muerte sino un sueño prolongado, de que se han de despertar un día los seres que amamos, ¿cuánto mayor consuelo no sentiremos al venir á elevar nuestras plegarias sobre el lecho mortuorio de aquellos á quienes debemos gratitud y amor!

Bien recordáis, señores, la gloriosa historia de los Macabeos: permitidme que ante todo y por un momento os transporte al campo de batalla de aquellos invictos adalides. El ejército infiel ha sufrido, no lejos de Odolam, vergonzosa derrota; los esforzados israelitas lo han perseguido largo trecho en su fuga; pero, aunque asistidos por Dios, esta vez les ha costado la victoria no pocos cadáveres, y caudillos y soldados se apresuran á hacer los últimos ho-

nores á sus compañeros de armas y á trasladar sus restos á los sepulcros de familia.

Ved á aquellos campeones, que en el acto de la refriega no atendían á los ayes de los moribundos; ved á aquellos cuyos corceles pasaban sin reparo sobre los cuerpos desangrados de los que acababan de caer; vedlos ahora cuál se detienen con ojos llorosos delante de cada compañero tendido, esforzándose por comunicarle vida y aliento, por recoger, aunque tarde, su último suspiro. Los escudos que no sirvieron para guarecerlos de los dardos enemigos, se improvisan ahora en bélicos ataúdes, y mientras unos desatan las rotas lorigas, otros corren á los pozos vecinos y llenan con agua sus yelmos para lavar los cuerpos de los exánimes camaradas. Mas ¡ay! al cumplir con este piadoso deber, se encuentran ocultas bajo las túnicas que aún cubren los cadáveres, algunas ofrendas de las consagradas á los ídolos de Jamnia.

¿Ignoraban acaso aquellos rudos, aunque piadosos soldados, que la ley vedaba (1) tomar y aun desear el oro ó la plata de que estaban formados los simulacros de los falsos dioses, ó los dones ofrecidos por sus obcecados adoradores? ¿Se habían hallado en esa extrema necesidad en que hasta los panes de la proposición

(1) Deut., VII, 25.

podían, sin grave culpa, tomarse, como lo hizo en otro tiempo David (1)? ¿Era tan insignificante la cantidad robada al templo de los ídolos, que pudiera comprenderse el hurto en la conocida regla *parum pro nihilo reputatur*? Sea como fuere, aunque en gracia de Dios, aunque arrepentidos de sus culpas, aunque sin reato de pecado mortal, las almas de aquellos valientes se habían presentado á juicio con manchas, si bien ligeras, y no podían pasar sin purificarse al lugar del eterno descanso.

Si pocas horas antes hubieran visto á sus compañeros rodeados por el enemigo, llevados prisioneros, encerrados en alguna fortaleza presa de las llamas, ¡con qué ardor no se habrían lanzado á socorrerlos, á ayudarlos, á libertarlos! La Fe les enseña que ahora también pueden prestarles auxilio, aunque con armas de diverso temple; y desde el jefe Judas hasta el último soldado caen de rodillas, y poniéndose en oración, ruegan á Dios olvide el delito de los que han combatido por su causa. Se hace una colecta por orden del generalísimo, y se reúnen sin tardanza doce mil dracmas de plata, que envían á Jerusalén para ofrecer un sacrificio por los pecados de los conmlitones difuntos.

¡Qué cuadro tan poético y sublime nos pre-

(1) I Reg., XXI.

sentan estos ortodoxos guerreros! Lloran á sus camaradas; pero no con lágrimas estériles, sino con llanto acompañado de plegarias que los alivian y socorren. Veneran su memoria; pero sin desconocer sus faltas ni mirarlos, á guisa de paganos, como nuevas divinidades. Rinden á sus cuerpos los últimos honores; pero pensando en la inmortalidad del alma y abrigando religiosos sentimientos acerca de la resurrección; porque de otra manera (añade la Escritura), ¿de qué serviría orar por los muertos? ¿No sería un desperdicio verdaderamente loco recoger tanta plata para inútiles sacrificios, *superfluum videretur orare pro mortuis* (1)?

¡Oh cuadro verdaderamente bello y grandioso! Y, sin embargo, señores Académicos, es más sublime todavía el espectáculo que estáis dando ahora al mundo literario y al mundo cristiano. Desde que el Señor envió á nuestro suelo el cristianismo y la civilización, confió á una falange de sus escogidos la difícil misión de ilustrar los entendimientos, de formar los corazones, de guiar las almas por medio de las letras. Vosotros sois el último eslabón de esta cadena, y aunque separados por largo espacio de años y aun centurias, de aquellos primeros sabios que echaron, por decirlo así, los cimien-

(1) II Mac., XII, 44.

tos de la gloria literaria de Méjico, habéis comprendido que os ligan á ellos vínculos estrechos de fraternidad, y que son, vivientes aún en sus inmortales libros, vuestros compañeros de armas en la pacífica milicia. Viven, sí, en la república literaria, y vivirán mientras haya un rincón en el mundo en que se hable ó entienda nuestro sonoro idioma castellano. Son inmortales á los ojos de quienquiera que estime lo bello, y es justo que honremos su memoria cuantos tenemos alguna afición á las letras, cuantos admiramos el superior ingenio que el Señor no á todos ha concedido. Pero si el mundo los proclama inmortales, el cristiano se ve forzado á reconocer y confesar que la muerte obtuvo sobre ellos el inevitable triunfo. Si el literato se siente impulsado á celebrar su apoteosis, á declararlos héroes, á colocarlos entre las divinidades, el católico no puede menos que recordar que grandes y pequeños han tenido que presentarse, como los vió San Juan en el Apocalipsis (1), ante el trono de Dios. Sus libros se han abierto forzosamente en presencia del Juez Supremo, y según las sentencias y máximas que en sus hojas dejaron estampadas, han sido juzgados en aquel tribunal inapelable. Al ser cotejadas esas obras que admiramos, con el Libro de la vida, que simul-

(1) Apoc., XX, 12.

táneamente fué abierto, ¿habrán resultado todas y cada una de sus páginas absolutamente conformes con este soberano modelo? Al leerse los libros de sus conciencias, ¿no habrán discrepado de lo que fué primero esculpido en el Sinaí en las Tablas de la Ley, y después transcrito en ese otro inspirado volumen?

Sólo Dios puede descubrir los arcanos de la conciencia; á Él sólo es dado escudriñar nuestras almas con ojo infalible y pronunciar sobre nuestras obras seguro é irreformable fallo. Pero en cuanto nos permiten la humana fragilidad y nuestro limitado entendimiento; en cuanto nos es dado juzgar por la lectura asidua de las lucubraciones de nuestros ingenios, podemos afirmar, sin temor de ofender la majestad del santuario, que los libros que nos legaron los verdaderos sabios y literatos que han florecido en nuestra Méjico, están en perfecta armonía con las máximas y verdades, con los preceptos y doctrinas consignadas en el gran Libro de la vida. Podemos inferir, sin temor de equivocarnos, que siendo sus escritos cristianos y ortodoxos el reflejo de las almas de los autores, también los libros de las conciencias han de haber sido hallados en el tribunal divino conformes á la norma suprema. Hé aquí en qué consiste su verdadera gloria, y con esta confianza venimos á honrarlos al pie de los altares. Pero estos mismos li-

bros, que constituyen, por decirlo así, sus despojos, nos descubren, al examinarlos minuciosamente, uno que otro desliz, una que otra mancha que no podemos disimular. Hé aquí por qué, cual los Macabeos al hallar bajo las túnicas las ofrendas robadas, caemos de rodillas, no para venerar como santos á nuestros sabios difuntos, sino para orar por ellos al Dios de las misericordias, y ofrecer por sus almas el eucarístico sacrificio.

No es, pues, un panegírico el que váis á escuchar, ni menos uno de esos elogios profanos en que se presentan como tipo de perfección las acciones buenas ó malas, los escritos morales ó impíos del héroe que se celebra. Muy diversa es la misión que me habéis confiado, cristianos miembros de la Academia mejicana. Me habéis mandado encomiar á los sabios que han florecido en nuestra patria, no tanto por su ingenio como por su ortodoxia; queréis que muestre á la generación presente que, para ser en Méjico verdadero literato, es preciso, como lo hicieron nuestros mayores, profesar las doctrinas católicas, que parecen inseparables de las letras castellanas; me habéis encomendado que deposite á vuestro nombre en la tumba de nuestros doctos antepasados, no vanas coronas de ciprés y de rosas, sino, como dice San Efrein, flores de oraciones, de sufragios, de sacrificios que mitiguen el fuego del purgatorio,

si en él estuvieren aún detenidas sus almas. Esta misión, difícil pero grata, procuraré cumplir, fiado en el auxilio divino y contando con la benevolencia vuestra y del auditorio que me circunda, que mientras más selecto y más ilustrado, mejor sabrá compadecerme y disimular los efectos de mi discurso.

I

Imposible parecería, si no fuera un hecho tan manifiesto, que Méjico, apenas conquistado, contribuyera á la gloria literaria de España con tan copioso y distinguido contingente. Cualquiera creería que el fragor de las armas habría impedido que las letras floreciesen en las nuevas colonias y que la sed de riquezas no podría hermanarse con la ciencia. Si juzgáramos, en verdad, por lo que pasa en nuestros tiempos, ó sacáramos consecuencias de las apreciaciones que apasionados historiadores hacen de aquella época, tendríamos que afirmar que por muchos años después de la caída del imperio azteca nada había visto nuestro suelo sino guerra, sangre, estragos, desolación, esclavitud, ignorancia. ¿Quién había de querer atravesar los inmensos mares para exponerse á peligrosas aventuras, sino soldados de

fortuna, malhechores que no cabían en su patria, mercaderes codiciosos, sacerdotes que no podían brillar en su país por ciencia ni virtud?

Y, sin embargo, señores, no fué así. Las letras, y el saber, y las artes, vinieron juntamente con las máquinas de guerra; y no sólo fué Méjico el teatro de las hazañas mayores que hayan visto los siglos, sino también la palestra donde desde luego se ejercitaron los ingenios más brillantes que produjera esa época, tan gloriosa para las letras. No habían transcurrido treinta y cinco años desde que Cortés entrara triunfante en la capital de Moctezuma, cuando el emperador Carlos V expedía una real cédula para la fundación en la recién conquistada ciudad.... ¿de un convento acaso? ¿De una escuela para indígenas? ¿De algún colegio preparatorio siquiera? No, señores, de una Universidad; de una Universidad basada en el sistema que entonces regía á las mejores, y destinada á brillar junto á la de Salamanca y la de Oxford. Y no creáis que fué un vano decreto, como tantos que la historia moderna nos ha acostumbrado á admirar al principio, y á despreciar luego por ineficaces y absurdos. No contaba la Universidad mejicana sino medio siglo de fundada, cuando un joven doctor cantaba aquí mismo, sin temor de ser desmentido, y en presencia del gran arzobispo D. García de Mendoza y Zúñiga, estos brillantes versos:

Aquí hallará más hombres eminentes
En toda ciencia y todas facultades
Que arenas lleva el Gange en sus corrientes....

Préciense las escuelas salmantinas,
Las de Alcalá, Lovaina y las de Atenas
De sus letras y ciencias peregrinas;

Préciense de tener las aulas llenas
De más borlas, que bien será posible;
Mas no en letras mejores ni tan buenas.

Y no era, señores, á pesar de esta modesta concesión, tan escaso el número de laureados, cuando el mismo poeta añadía poco después, hablando de la propia Méjico:

Donde tiene hoy su religioso celo
Cuarenta y dos conventos levantados
Y ochocientas y más monjas de velo;

Una Universidad, tres señalados
Colegios, y en diversas facultades
Más de ochenta doctores graduados (1).

En esta Universidad, apenas nacida y ya gigante, que con tanto entusiasmo cantaba quien más tarde había de colocarse al nivel de Garcilaso, y quizá más alto que Ercilla, como poeta bucólico y épico, recibía por este tiempo las insignias de licenciado en Derecho, quien

(1) Balbuena, *Grandexa mejicana*.

se aprestaba á compartir el cetro de la poesía dramática española con Lope de Vega y Calderón, con Tirso de Molina y Moreto.

¿Nació en esta ciudad de las lagunas DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN, ó abrió los ojos á la luz bajo la tibia atmósfera del mineral de Tasco, donde ciertamente pasó su niñez? Poco nos importa en este instante dilucidar tal punto: bástanos saber que el gran dramático fué hijo de la entonces Nueva España; que en ella recibió la primera educación y las inspiraciones primeras; y aunque el grado de bachiller lo tomó en Salamanca, tornó á su patria á incorporarse en el gremio de nuestra *alma mater*. Aquí empezó á ejercer la abogacía; y en las justas literarias y funciones teatrales, tan frecuentes entonces, formó ese talento robusto que había de dar opimos frutos en la vieja Europa. No lo sigamos, señores, en todas las peripecias de su azarosa vida. ¿A qué acompañarlo en su segundo viaje á la madre patria á pretender un puesto de relator del Consejo de Indias? ¿Para qué contristarnos siendo testigos de sus pobreza, de sus desengaños, de sus sinsabores, de las burlas de que lo hacía objeto la deformidad de su cuerpo? ¿A qué hacer investigaciones acerca de su vida privada, que sólo nos darían por resultado inciertas conjeturas? Vive en sus libros nuestro gran dramático: juzguémoslo por ellos; y para no emitir

un juicio vano que repruebe el Supremo Juez de vivos y muertos, abramos juntamente el *Libro* por excelencia, y demos nuestro fallo, según lo que resulte de la comparación de ambos volúmenes.

El parto más célebre del ingenio del grande ALARCÓN es el precioso drama cuyo título retoza en vuestros labios: *La verdad sospechosa*. Sus versos sonoros, el lenguaje puro y castizo, la vivacidad de los diálogos, la propiedad de los caracteres á otros toca encomiarlos: y no sólo han servido de admiración á cuantos hablan el idioma español, sino de modelo á insignes extrajeros, uno de los cuales ha basado su reputación dramática en la versión casi literal de la obra mejicana. «Sartas de perlas orientales (dice un autor contemporáneo) (1) parecen las bellezas de pensamiento y de dición que la realzan»; y en el fondo, permítansenos añadir, parece haber sido sacada de los Libros Santos y de los antiguos Padres de la Iglesia. *Los labios mentirosos son abominables al Señor* (2); y á hacer aborrecible la mentira, hábilmente personificada, se consagra la entera producción. No parece sino que el pensamiento predominante, y hasta el título, son

(1) Don Luis Fernández-Guerra y Orbe, *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*.

(2) Prov., XII, 22.

una traducción libre de la máxima del Eclesiástico: ¿qué verdad puede sacarse de un mentiroso, *a mendace quid verum dicetur* (1)? El admirable discurso que brota de los labios de anciano D. Beltrán al saber la manía de su hijo querido, es una verdadera paráfrasis de estas inspiradas sentencias: *Potior sur quam assiduitas viri mendacis: mores hominum mendacium sine honore* (2). Yo os confieso, señores, que al oír á Don García manifestar entusiasta el gusto insensato que siente al comunicar antes que otro noticias inesperadas aunque falsas; al escuchar las discretas conversaciones de las damas, y aun una que otra observación del criado, me ha venido á la mente la bella descripción que del embustero hace San Efrein Siro (3): «Quien cifra su delicia en las mentiras, pierde toda autoridad en sus palabras; se hace odioso, no sólo al Señor, sino á los hombres. No hay acción que no se le repruebe; se sospecha hasta de sus más insignificantes respuestas. Por causa de él hay en la familia disensiones sin cuento y se suscitan riñas á cada paso. Es curioso y ansía continuamente por descubrir secretos; pero con igual facilidad los revela, y tiene especial tino para trastornar

(1) Eccl., XXXIV, 4.

(2) Eccl., XX, 27-28.

(3) S. Ephraem, *De Mendacio*, t. I, pág. 10.

todo con su lengua. No hay plaga mayor que el embustero; no hay deshonra mayor que el tener este vicio detestable.» Otros textos pudiera aduciros de San Jerónimo y de San Agustín, que sostienen minucioso cotejo con varios pasajes del drama alarconiano; pero ¿á qué aglomerar ejemplos? ¿Conocía el poeta y estudiaba los Santos Padres, ó son éstas meras coincidencias? Difícil sería averiguarlo; pero no anduvo errado el mejor biógrafo del gran dramático al suponer ó adivinar que la víspera de escribir ciertos bellos versos, que omito citar, se había adormecido leyendo en el precioso libro de la *Imitación de Cristo* el pasaje siguiente (1): «El demonio deja de tentar á los infieles y pecadores porque los tiene ya seguros; y sólo tienta y atormenta de varias suertes á los fieles y devotos.» ¡Oh! Yo os aseguro que quien medite en el desenlace tan moral de *La verdad sospechosa*; quien con-

(1) *Imitación de Cristo*, libro IV, cap. 18 —Hé aquí los versos á que se alude:

Las mujeres y los diablos
Caminan por una senda,
Que á las almas rematadas
Ni las siguen ni las tientan:
Que el tenellas ya seguras
Las hace olvidarse dellas,
Y sólo de las que pueden
Escapárseles se acuerdan.

Don Luis Fernández-Guerra, *op. cit.*

temple el castigo que recibe aun en el mundo quien falta á la verdad, el deshonor que lo acompaña, los males que le sobrevienen, podrá sacar de una pieza, hecha al parecer tan sólo para agradar, más provecho quizá que de un sermón.

Podría seguir recorriendo una á una las demás páginas del ilustre mejicano y confrontándolas con los libros inspirados; pero sería ocioso fatigarlos. Con todo, diré algunas palabras sobre *El examen de maridos*. ¡Qué obediencia tan acendrada á la última voluntad de su padre no hallamos en la protagonista! ¡Qué juicio, qué sobriedad, qué prudencia al dar ese paso tan decisivo en la vida, cual es elegir esposo, en que tan á menudo no se consulta sino bastardos intereses! ¡Qué amistad tan fina la que vemos allí personificada! ¡Con qué delicadeza hace ver el autor hasta dónde puede llevar la pasión de los celos aun á las mujeres de natural más benévolo y de más esmerada educación!

Hay una escena en *Los favores del mundo* que merece ocupar nuestra atención en este lugar santo. Todo el drama nos presenta, en una serie de preciosos cuadros que se suceden unos á otros en armoniosa combinación, la inestabilidad de las cosas humanas, los frecuentes cambios de la suerte y la rapidez con que gira, sobre todo en las cortes, la caprichosa rueda de la Fortuna. El héroe principal, ofen-

dido por otro caballero, corre seis años por ciudades, villas y campos, sediento de venganza, en busca de su odiado rival. Cuando ya desespera de alcanzar sus tristísimo objeto, lo encuentra de repente en la calle y se lanza sobre él, espada en mano, resuelto á dejarlo sin vida. Es diestro el adversario, y saltan los aceros sin que el ofendido haya triunfado; luchan entonces cuerpo á cuerpo, y al fin caen entrambos, pero quedando aquél debajo y en poder del vengativo hidalgo. Saca éste la daga homicida; la levanta furioso, y ya va á descargar el golpe mortal, cuando el vencido, en tan terrible trance, exclama con voz lastimera: «Válgame la Virgen.» A este nombre tan dulce y tan sagrado, la ira de tantos años se trueca en mansedumbre, el odio se convierte en eterna amistad, y en vez de caer el puñal sobre la desarmada víctima, el vencedor ayuda á levantarse al rendido y se estrechan los dos entre los brazos. ¿No os recuerda esta escena la que realmente pasó en un callejón de Florencia, un Viernes Santo, célebre en los anales eclesiásticos, que señala la conversión del que hoy veneramos en los altares bajo el nombre de San Juan Gualberto? Pero lo que hay más notable es que el dramático dió al héroe su propio apellido, y que así como evidentemente quiso por este medio probar al público y á sus detractores la nobleza de su linaje y lo esclarecido de

su nombre, así también, en toda probabilidad, se retrató á sí mismo al pintar á Garci-Ruiz de Alarcón, trasladando á la escena, no su pequeño corcovado cuerpo y desagradable exterior, sino las bellas cualidades y cristianas virtudes que adornaban aquella alma, encerrada en tan estrecha cárcel. ¡Qué lecciones tan bellas y tan conformes con la enseñanza y ejemplo de nuestro divino Maestro aprendemos en este hermosísimo drama! ¡Aquí volvemos á hallar á una dama celosa, que olvida su dignidad y se abaja á indignos manejos por no resistir á esa funesta pasión que el Espíritu Santo compara á los tormentos del infierno: *Dura sicut infernus aemulatio* (1). Aquí observamos, como en todas las comedias de ALARCÓN, que mientras los caracteres de los varones son elevados, nobles, generosos, dechados de lealtad, de virtud y de hidalguía, las mujeres, por el contrario, se nos presentan muy inferiores, y ni bajo el punto de vista dramático, ni bajo el aspecto social ofrecen aquellas dotes, aquellas cualidades, aquellos atractivos que nos encantan en las de Lope ó Calderón. Lo atribuyen sus críticos al poco trato que tuvo con las damas un hombre á quien su figura apartaba necesariamente de tal sociedad. Esto, señores, si algún tanto lo pone bajo el nivel de

(1) Cant., VIII, 6.

sus rivales en el arte dramático, mucho lo realza á nuestros ojos, pues nos indica que su vida fué conforme á las cristianas máximas que profesaba. Nada, en efecto, ha descubierto contra él esta edad maldiciente y curiosa, que no sé con qué conciencia ha ido á desenterrar y dar á luz cartas privadas de Lope de Vega y otros ingenios, para arrojarles lodo á la cara con especiosos pretextos y cubrir su venerada memoria de indeleble baldón. Una que otra sátira y punzante alusión de los émulos y contemporáneos del mejicano, no puede hacer mella en los que alguna experiencia tienen del mundo, y saben con qué facilidad se ceba la calumnia en los más inocentes. Sea como fuere, señores, y sin pretender hacer un santo de nuestro ilustre literato, nos cabe el consuelo de que habiendo escrito libros en que resplandecen la moralidad y la religión, después de haber vivido sufriendo con cristiana resignación y heroica paciencia los vaivenes de la fortuna, coronó la obra adormeciéndose piadosamente en el Señor. Hoy hace dos siglos y treinta y nueve años, que, lejos de su suelo natal, en una pobre casa de la parroquia de San Sebastián de Madrid, recibía con gran devoción los Sacramentos de la Iglesia para entregar su alma al día siguiente en manos del Criador (1). Dejó

(1) Murió ALARCÓN el 4 de Agosto de 1639; y la Aca-

en su testamento limosnas para quinientas misas, prueba de su fe en el valor del Santo Sacrificio; prueba de que en su humildad cristiana se reconocía manchado delante de Dios, y que aunque su contrición y la eficacia de los Sacramentos le daban la confianza de haber recobrado la gracia, no ignoraba que, en sus escritos, sobre todo, había alguna vez faltado á la Ley, dejando en ellos, cual los israelistas de Odolam sobre su cuerpo algunas ofrendas consagradas á los ídolos. Estas ofrendas, señores, las hemos hallado, por desgracia, y no podemos menos que confesar, á pesar nuestro, que algunas de sus primeras comedias son algo licenciosas, y que aun en las más morales hay chistes y equívocos que ningún cristiano puede aprobar. Hagamos, por tanto, como el esforzado Macabeo; ofrezcamos sacrificios por el alma de nuestro gran dramático y por las de todos aquellos que, después de cultivar las letras en nuestro suelo, murieron en el ósculo del Señor, *cum pietate dormitionem acceperant* (1). Oremos, oremos por ellos, que bien han menester de nuestra compasión por grandes que aparezcan bajo el aspecto literario.

demia mejicana ha acordado que en su aniversario se celebre una misa por su alma y la de todos nuestros ingenios; pero este año cayó el 4 en domingo, y se anticipó la fúnebre ceremonia.

(1) II Mac., XIII, 43.

Grandiosa es en verdad la figura que ahora me toca presentaros, y al par que sublime, dulce, simpática y amable cual pocas. Hablo, señores, del autor del *Bernardo* y del *Siglo de Oro*, del ilustre cantor de la *Grandeza Mejicana*, del esclarecido Obispo de Puerto Rico, DON BERNARDO DE BALBUENA.

¿Qué importa que haya nacido en Valdepeñas? Desde muy pequeño lo vemos estudiando en nuestras escuelas, cursando las aulas en nuestros colegios, y ganando el premio tres veces en los certámenes poéticos que en Méjico acostumbraban celebrarse. En uno de ellos lo admiramos á la edad de diez y siete años, en presencia del docto arzobispo D. Pedro de Moya y de todos los padres del Concilio III mejicano, disputando la palma á nada menos que 300 competidores, y saliendo, como de costumbre, triunfante. La Teología lo hace por algún tiempo colgar la lira, y en esta universidad se gradúa de bachiller, atravesando de nuevo los mares para recibir en Sigüenza la borla de Doctor en la misma sagrada Facultad. Pudiera quedarse en España. ¡A cuántos honores, á cuántas dignidades no lo conducirían rápidamente su preclaro ingenio, la ciencia adquirida, la gran reputación justamente ganada! Torna, no obstante, á la Nueva España, y aquí mismo no permanece entregado á las delicias de esa corte virreinal, que tanto le